

## JOSÉ JOAQUÍN DE MORA, PROTESTANTE ANTE LA MUERTE

ALBERTO ZAZO ESTEBAN  
I.E.S. SANTO TOMÁS DE AQUINO (ÍSCAR, VALLADOLID)

Don José Joaquín de Mora vivió 81 años —entre 1783 y 1864—, y en ellos tuvo tiempo de luchar en una guerra, caer prisionero, casarse con una intelectual, exiliarse, ser amigo de un par de dirigentes, redactar una Constitución, fundar y dirigir varios periódicos, ser miembro de la Academia y catedrático en Bolivia, cónsul en Londres y Madrid, y un largo etcétera.<sup>1</sup> “Periodista, comediógrafo, poeta, divulgador científico, lingüista, jurista, crítico literario y filósofo, [...] Mora es un verdadero lujo de intelectual enciclopédico y brillante”, autor —entre originales y versiones— de más de cien obras (Cobo, 1994: 105).<sup>2</sup>

<sup>1</sup> La biografía clásica —centrada en exceso en los años chilenos— es fruto de los trabajos que M.L. Amunátegui insertó en la *Revista de Santiago*. Antes de empezar, don Miguel Luis retrata a nuestro autor: “El rasgo prominente en el carácter de don José Joaquín de Mora es su entusiasmo por la ilustración y la libertad. En su larga carrera, tuvo flaquezas, días de desaliento y de inconsecuencia, cometió faltas. Pero siempre se sintió arrastrado a defender la causa de la libertad, y todavía mucho más la causa de la ciencia. Tenía la convicción arraigada de que los hombres y los pueblos valen solo lo que saben. Así, su vocación era la de la enseñanza. Adondequiera que llegaba, o establecía cátedra para alejar de los niños y de los jóvenes la ignorancia, o fundaba algún periódico serio para propagar entre los adultos la instrucción, y muchas veces hacía lo uno y lo otro. Mora, puede decirse, vivió y murió con la pluma en la mano” (Amunátegui, 1888: 11).

<sup>2</sup> L. Monguió reunió hasta 105 referencias, incluyendo folletos, revistas que editó y redactó casi en solitario, obras originales y versiones, anónimas o con seudónimo, siempre que “existan pruebas de ser de su pluma”. No se recoge la anónima *Roman Catholicism in Spain*, de la que luego se hablará (Monguió, 1967: 351-362).

Nació en Cádiz y estudió leyes, como su padre, en la Universidad de Granada, cuya cátedra de Lógica ocuparía con solo 23 años. Hecho militar por la invasión del país vecino, luchó en Bailén y fue trasladado a Francia como prisionero en 1809. Allí se casó con la erudita Françoise Delauneux, quien parece haber ejercido notable influencia sobre él. En 1814 regresa a España —primero a Cádiz y luego a Madrid—, donde funda la *Crónica Científica y Literaria* (1817-1820), además de adaptar a dramaturgos franceses y oponerse al Romanticismo en una célebre polémica con Böhl de Faber.<sup>3</sup> Su actividad se mantuvo frenética en el Trienio: volcado ya en el ideario liberal, y miembro de las sociedades patrióticas de tinte comunero, Mora escribió para el sinfín de periódicos de la época, con tiempo aún de traducir a Bentham y Holbach.<sup>4</sup>

La vuelta al trono de Fernando VII le arrojó al exilio londinense, uniéndose a la nutrida colonia española de Somers Town.<sup>5</sup> Así empezó

<sup>3</sup> La *Crónica* fue uno de los pocos periódicos autorizados por el primer gobierno fernandino, y sus cuatro páginas se lanzaban dos veces por semana. Inmediatamente después de firmar el monarca la Constitución —en 1820—, se convierte en el diario político *El Constitucional, o sea Crónica Científica, Literaria y Política* (marzo a diciembre del 20), sumando entre ambos un total de 602 números. El debate en torno a Calderón y Schlegel se había iniciado en el *Mercurio Gaditano*, y se prolongó en las hojas de la *Crónica* y el *Diario Mercantil*. Mora era aún un convencido neoclásico, y estaba —para colmo— reñido con la esposa de Böhl de Faber. A. Alcalá Galiano recuerda en sus *Memorias* el apoyo prestado entonces a su amigo Mora: “Cabalmente en aquella hora se hallaba enzarzado en una reñida disputa, en la que se mezclaban animosidades personales con el deseo de sustentar opuestas doctrinas críticas. [...] Empezó violenta esta lid, y siguió tenaz y enconada. Mezclóse con ella un tanto de política. Böhl y su señora eran acérrimos parciales de la monarquía al uso antiguo. El primero había dejado la religión protestante, en que se había criado, por la católica; y siendo sincero en su conversión, era hasta devoto. La mujer afectaba la devoción como pasión. Mora no había sido liberal, pero en algo se inclinaba a serlo, aunque no lanzándose por entonces en la política, campo donde no había entrado por hallarse prisionero en Francia cuando empezó y ardió la guerra entre liberales y serviles” (Alcalá Galiano, 1886: I, 418-419).

<sup>4</sup> Mora fue miembro de la Sociedad de los Caballeros Comuneros, opuesta por sus ideas a la jerárquica y exclusivista masonería tradicional. La rama masónica fundó *El Espectador*, mientras que el órgano comunero fue *El Eco de Padilla*; en él escribió Mora, además de asistir a las reuniones del Café de Malta y la Fontana de Oro (Cobo, 1994: 106).

<sup>5</sup> Son de Mora las *Memoirs of Ferdinand VII*, traducidas por Michael J. Quin. Se dice en el prefacio: “Motives of prudence which, considering the present state of Spain, may be easily divined, have prevented the author from prefixing his name to this work. Exiled with many of his countrymen by the late events which have taken place on the peninsula, he has left behind him dear connexions and friends, whom he would not willingly expose to the vengeance of the new government” (Mora, 1824: v).

una fértil relación con el editor Rudolf Ackermann, de la que saldrían cuatro números del anuario *No me olvides*,<sup>6</sup> la continuación de las *Variedades* de Blanco White —titulada *El Correo Literario y Político de Londres*—,<sup>7</sup> algunas traducciones castellanas,<sup>8</sup> varios *Catecismos* —o manuales didácticos para el lector americano—,<sup>9</sup> dos obritas sobre la educación del “bello sexo”, los *Cuadros de la historia de los árabes* y el periódico *Museo Universal de Ciencias y Artes*. También publicó Ackermann, en 1826, las *Meditaciones poéticas* de Mora.

Todo ello no le impidió trabar amistad con Bernardino Rivadavia, que le quiso a su lado cuando accedió a la presidencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata.<sup>10</sup> Se inicia el periplo americano de don José, que le llevará a cuatro países en los próximos once años: a Argentina llega a principios de 1827, y allí dirige la *Crónica Política y Literaria de Buenos Aires* desde marzo hasta agosto; tras la caída de Rivadavia, se marcha a Chile, donde será el principal redactor de la Constitución

<sup>6</sup> Salieron aún dos números tras la marcha de Mora, a finales de 1826; corrieron estos a cargo de Pablo de Mendíbil.

<sup>7</sup> Cuatro números: enero, abril, julio y octubre de 1826. V. Lloréns aclaró que no fue Blanco quien puso a Mora en contacto con Ackermann. Mora, que ya había conocido a White en Cádiz, se dirigió a él para pedirle dinero durante su cautiverio francés: “Pasaron los años, llegó Mora a Londres emigrado, y ni siquiera se molestó en visitar a su amigo; y cuando al cabo de varios meses se lo encontró casualmente en la gran ciudad, ni se le ocurrió mentar aquellos dineros” (Lloréns, 1979: 412).

<sup>8</sup> Como todos los proyectos españoles de Ackermann, iban dirigidas al público hispanoamericano, al que se suponían intereses divulgativos y poco especializados. De ahí que se optara por títulos como *Viajes pintorescos* o *Descripción abreviada del mundo*. A ellos se sumaron textos como las *Memorias de la revolución de México*, de William Davis Robinson, o la *Historia antigua de México*, de Francisco Saverio —originalmente publicada en italiano—; aunque la palma deben llevársela las dos versiones de Walter Scott: *Ivanhoe* y *El talismán*. Todo ello salió de la imprenta de Carlos Wood entre 1824 y 1826. También tradujo Mora el *Compendio de las vidas de los filósofos antiguos*, de Fénelon (1825).

<sup>9</sup> Los *Catecismos* sirvieron de libros de texto en las nacientes repúblicas hispanas. Son de Mora los de *Geografía descriptiva*, *Economía política*, *Gramática castellana* y *Gramática latina*.

<sup>10</sup> No es raro que así fuera, pues el *Correo* había heredado de Blanco también su actitud ante el tema colonial: “Mora, como Blanco White, a pesar de ser español-europeo, apoyó con la mayor decisión la independencia de las jóvenes repúblicas que se habían alzado en el continente subyugado siglos atrás a la península por Cortés, por Pizarro, por Valdivia, por Losada, por Quesada y por sus compañeros. [...] La mezcla de elogios a los nuevos estados y de críticas a la madre patria granjeó a Mora muchos adeptos entre los americanos, que le consideraban como uno de los abogados más elocuentes y prestigiosos de su causa” (Amunátegui, 1888: 40 y 63-64). Rivadavia ostentó el cargo desde febrero del 26 hasta junio del 27.

de 1828, y fundará el Liceo y *El Mercurio de Chile*; su labor periodística le acabó valiendo la expulsión, pasando entonces a Perú y fundando el Ateneo;<sup>11</sup> llega por fin a Bolivia en 1834 para ser asesor del presidente Santa Cruz, redactor de *El Eco del Protectorado* y catedrático en La Paz. Como agente de Santa Cruz, regresaría a Londres en 1837 y a Madrid en 1843. La política y —más aún— la instrucción siguen siendo sus prioridades en América: cursos de *Derecho*, de *Literatura*, y de *Lógica* y *Ética*, comparten sus esfuerzos con la prensa política; la comedia *El marido ambicioso* la escribe y hace representar para celebrar el evento de la Constitución chilena.

Un contacto tan directo con la política no podía derivar sino en desengaño: “Don José Joaquín de Mora buscó en el cultivo de las letras un alivio contra los fastidios del desencanto político” (Amunátegui, 1888: 311). Con dedicación cada día mayor, se emplea en sus *Poesías* —cuya primera versión hará imprimir en Cádiz en 1836—; y es en los años bolivianos cuando compone sus *Leyendas españolas*, que verán la luz en el Londres de 1840. No parece haber estado allí tan prolífico como era su costumbre, pero la cosa cambia a su regreso a España en el 43: en una década publica el tratado *De la libertad de comercio*, tres novelas cortas y otra edición de sus *Poesías* que dobla en extensión a la gaditana; dirige la *Revista Hispano-Americana* —con pocos textos propios— y prologa las obras de Alberto Lista, Calderón y fray Luis de Granada; además, su ingreso en la Academia como miembro numerario propicia un discurso sobre *El neologismo* y una *Colección de sinónimos de la lengua castellana*.<sup>12</sup> Todo este tiempo lo pasó Mora en Madrid,

<sup>11</sup> “El triunfo del partido conservador en 1830 hizo desterrar de Chile a dos extranjeros muy distinguidos: don José Joaquín de Mora y don José Passaman. [...] Uno y otro se hicieron reos a los ojos del ministro Portales por el crimen de haber combatido francamente al nuevo gobierno, en las conversaciones privadas y en las columnas de la prensa. A Passaman le tomaron preso en la noche del 21 de septiembre de 1830, y a Mora en el día del 13 de febrero de 1831, y a los dos les obligaron a salir del país” (Amunátegui Soler, 1897: 3-4). Mora se permitió “una espléndida venganza de sus perseguidores” —el presidente Ovalle y el ministro Portales— con la letrilla “El uno y el otro”, que empezaba así: “El uno subió al poder / con la intriga y la maldad; / y al otro, sin saber cómo, / lo sentaron donde está” (Amunátegui, 1888: 260-261). La redacción del *Mercurio* (1828-1829) la compartía Mora con Passaman; la de la *Crónica Política y Literaria* (1827), con el napolitano Pedro de Ángelis.

<sup>12</sup> El primero se recogió en los *Discursos leídos en las recepciones públicas que ha celebrado desde 1847 la Real Academia Española* (RAE, 1860: I, 135-158), y fue contestado por Antonio Gil y Zárate (I, 159-171). La *Colección de sinónimos* (1855) le fue encargada a don José por la Academia, con el fin de mejorar los diccionarios de Pedro María de Olive (1843) y el conde de la Cortina (1845).

después de dirigir, en 1843, el colegio de San Felipe en Cádiz. No fue su destino final, pues aún sería cónsul en el Londres de los cincuenta antes de volver —ahora sí, por última vez— a la capital española.

Nunca ha quedado del todo documentada la conversión de Mora al protestantismo, aunque lo cierto es que indicios no faltan: su labor para la *British and Foreign Bible Society* y la *Spanish Evangelization Society*, la probable autoría del tratado *Roman Catholicism in Spain*, la colaboración con Thomas Parker en la redacción de la revista *El Alba*, su presencia en los grandes himnarios de las iglesias reformadas, así como el contenido de varias de sus obras, han convencido a estudiosos como los Vilar de que Mora, aunque no apóstata, sí fue converso.<sup>13</sup>

Pero ¿cuándo se hizo protestante don José? El primer impulso es pensar en el exilio del 24, pues su trabajo con Ackermann nos recuerda sin quererlo a Blanco White. La relación de las *Meditaciones poéticas* con un texto inglés marcadamente reformado refuerza la sospecha. Y sin embargo —como enseguida veremos—, el argumento es un arma de doble filo. ¿En el período londinense del 37 al 43? Ciertas conductas posteriores tampoco acaban de cuadrar con esta hipótesis: ¿por qué no suavizó el tono antiprotestante del artículo sobre Juan de Valdés que Pedro José Pidal publicó en su *Revista Hispanoamericana* en 1848?<sup>14</sup> elogiar ante los académicos a Jaime Balmes nada habría tenido de raro, pues acababa este de morir y era su predecesor en el puesto, pero ¿por

<sup>13</sup> A este “hombre de vastos conocimientos y no escaso talento”, J.B. Vilar lo llama “protestante español emigrado en Londres” (J.B. Vilar, 1996: 620). “La heterodoxia de José Joaquín de Mora, manifiesta en su pensamiento y andadura vital, en particular por sus estrechas relaciones con las asociaciones británicas y norteamericanas bíblicas y de evangelización, incluso después de su regreso a España, ha sido hasta el momento temática soslayada. Sin embargo, es evidente en sus traducciones, obras de controversia, poesía de la emigración y otros escritos, aparte ser uno de los más destacables himnólogos en lengua castellana del protestantismo de todos los tiempos, faceta esta de su obra poco conocida dentro de España” (M. Vilar, 1995: 110). Por su parte, S. García Castañeda y A. Romero Ferrer concluyen que “todo parece indicar que Mora fue un miembro activo de la Iglesia Evangélica Española, aunque llevó a cabo estas actividades de manera muy discreta y no usó su nombre completo en los himnos que escribió para las iglesias evangélicas, firmando únicamente *Mora*” (García Castañeda y Romero Ferrer, 2011: XIII).

<sup>14</sup> El texto defiende la atribución del *Diálogo de la lengua* al “célebre heresiarca”, sin dejar pasar la ocasión de criticar su “disidencia dogmática sobre la *justificación*, que tan profundamente dividía a los teólogos protestantes de los que seguían la verdadera doctrina católica”; de subrayar “la perniciosa influencia que en materias de religión ejerció Juan de Valdés en Nápoles”; y de constatar que todas sus obras están “más o menos contagiadas de sus errores” (Pidal, 1848: 18, 19 y 22).

qué hacer explícita su aportación contra el protestantismo?<sup>15</sup> No debe olvidarse, además, que los argumentos de mayor peso a favor de la conversión —la obra en *El Alba* junto a Parker, la composición de himnos evangélicos, la muy posible autoría de *Roman Catholicism in Spain*— datan todos de su última etapa inglesa.<sup>16</sup> Quizá sólo a los setenta años, desengañado de las luchas terrenas, este alocado liberal —“muy ajeno a toda teología, católica o protestante” (Lloréns, 1979: 161)— se tomara la religión en serio; y, no comulgando con la Iglesia de sus paisanos, abrazara la Reforma en Inglaterra. La proximidad de la muerte habría hecho lo que no logró el exilio; y ¿qué podía importar ya, para alguien en su circunstancia, la pública apostasía?

Mora reunió sus versos en dos ocasiones, y ambas en imprentas españolas: las 250 páginas de 1836 crecieron hasta 557 en la edición de 1853; “y no habría exageración si se asegurara que le habría sido fácil aumentarla por lo menos hasta el doble” (Amunátegui, 1888: 339). Hubo muchos poemas que don José prefirió no compilar, bien por su temática, su calidad o —simplemente— por haber dejado de gustarle. Hablamos sobre todo de los versos leídos en la prensa, cuyo carácter circunstancial —a menudo sumado a la impopular cuestión americana que en ellos se trataba— los dejaba ya fuera de lugar.

Pero, entre los textos obviados por Mora, no pueden desdeñarse las *Meditaciones poéticas* de 1826. Convertido hoy en valiosa rareza, se trata de un bello volumen de apenas treinta páginas en gran formato. En ellas se disponen frente a frente once ilustraciones y once poemas. Contrariamente a lo usual, son aquellas lo primario: Ackermann había adquirido años antes —en la versión grabada de Luigi Schiavonetti— los dibujos que hizo William Blake para una obra de Robert Blair, y

<sup>15</sup> E. Cobo, para quien el reformismo de Mora “no deja de ser una conjetura”, llamó la atención sobre las palabras de su discurso del 48: “Balmes no fue solamente filósofo, fue eminente controversista; y las dos armas necesarias en este campo de batalla, la lógica y la erudición, obtuvieron en sus manos una ilustre victoria contra las pretensiones del luteranismo” (Cobo, 1994: 107).

<sup>16</sup> También de 1855 es la *Oración matutina y vespertina*, adaptación del *Libro de oración común* salida de la pluma de Mora (Monguió, 1967: 360). El texto se declara “arreglado por un amigo de España”, y lleva una pequeña introducción: “La forma de oración que aquí presentamos a los lectores españoles no se da como procedente de ninguna autoridad, sino sencillamente con el objeto de hacer ver cómo tributan culto a Dios muchos cristianos, persuadidos de que obedecen el precepto del apóstol: «Mas todo se haga con decencia y con orden» (1 Cor., XIV, 40)” (Mora, 1855a: 3).

había —de hecho— editado poema y grabados en un libro de 1813.<sup>17</sup> Pero, cuando quiso hacer llegar al lector hispanohablante los preciosos diseños de Blake, Ackermann rompió toda lógica y no los acompañó con una traducción del original de Blair, sino que imprimió en su lugar versos de Mora inspirados por los dibujos de don “Guillermo Black”:

Las composiciones poéticas contenidas en este volumen deben considerarse solamente como ilustraciones de las estampas. Ellas encierran la verdadera poesía de la obra, pues no son menos admirables por la corrección del dibujo y por el mérito de la ejecución, que por el atrevimiento del designio y por la sublime inteligencia que reina en las alegorías (Mora, 1826: ii).<sup>18</sup>

El texto era *The Grave*, considerado —con los *Night Thoughts* de Edward Young— el pistoletazo de salida del lúgubre prerromanticismo inglés. Como frutos que son del llamado *Evangelical Revival* del siglo XVIII en Gran Bretaña, ambos rezuman protestantismo. Llevados quizá por esta idea, algunos han visto en los poemas de Mora “un espíritu evangélico, hablando de las Sagradas Escrituras y de la salvación como nunca se expresaría en una obra católica” (Fernández Campos, 1986: 204). Pero nos parece muy plausible la tesis casi contraria de Lloréns:

No hay de común entre *The Grave* y las *Meditaciones* más que la nota religiosa y moralizante propia del tema, y aun en esto difieren. Quizá se trató de evitar el acusado matiz protestante que existe en el poema de Blair, como en otras composiciones sermoneadoras y fúnebres del prerromanticismo inglés del XVIII. Era propósito de Ackermann no

<sup>17</sup> *The Grave* se publicó en 1743, pero sería en 1808 cuando se imprimiera con los dibujos que Robert H. Cromek encargó a Blake. Se eligieron en principio quince de los veinte diseños del artista, pero quedaron doce —el duodécimo era, en portada, *The Skeleton Re-Animated*, y Schiavonetti preparó además un grabado según el retrato de Blake pintado por T. Phillips—. El libro castellano conserva retrato y portada, pero el título a su lado —*The Grave. A Poem. Illustrated by Twelve Etchings Executed by Luois Schiavonetti, from the Original Inventions by William Blake*— es *Meditaciones poéticas, por José Joaquín de Mora*. Puede suponerse que la edición salió cara; por ello el cubano J.M. Heredia recogió los poemas en el tercer periódico de su exilio mexicano: “El enorme precio de ocho pesos a que se ha vendido un volumen que solo contiene diez u once composiciones ha limitado mucho su circulación. Por eso, y por el sobresaliente mérito de estas poesías, que son de un género casi nuevo en nuestro idioma, hemos determinado reimprimirlas en la *Miscelánea*” (Heredia, 1829-1832: II, 27).

<sup>18</sup> Los poemas de Mora respetan los títulos de las ilustraciones, a excepción del sexto dibujo —“La puerta de la muerte”—, que pasa a ser “La puerta del sepulcro”.

alarmar en sus creencias a los católicos lectores de la América del Sur; sus publicaciones en español abundan en advertencias tranquilizadoras. Ante el escollo herético, calvinista o anglicano, era preferible, dentro de un sentido cristiano genérico e indeterminado, la religiosidad de un deísta como Mora, si es que estas composiciones dicen algo de la sinceridad de sus sentimientos (Lloréns, 1979: 228-229).

Durante 540 versos, Blair se mantiene en la tradición del poema moral: la muerte inevitable —“Our time is fix’d, and all our days are number’d!” (Blair, 1743: 26)—, su poder igualador,<sup>19</sup> la vana pompa,<sup>20</sup> el incierto más allá,<sup>21</sup> el horror de quien no se ha preparado,<sup>22</sup> los tópicos de *Tempus fugit* y *Contemptus mundi*.<sup>23</sup> Pero, en su tercio final, dos temas se adueñan por completo de *La tumba*: el pecado original del primer hombre —“An error fatal not to him alone, / But to his future sons, his fortune’s heirs” (36)— y la redención a través del sacrificio de

<sup>19</sup> “Here the proud prince, and favourite yet prouder, / His sov’reign’s keeper, and the people’s scourge, / Are huddled out of sight! Here lie abash’d / The great negotiators of the earth, / And celebrated masters of the balance, / Deep read in stratagems and wiles of courts, / Now vain their treaty-skill; Death scorns to treat. / Here the o’er-loaded slave flings down his burden / From his gall’d shoulders; and, when the stern tyrant, / With all his guards and tools of power about him, / Is meditating new unheard-of hardships, / Mocks his short arm, and quick as thought escapes, / Where tyrants vex not, and the weary rest” (Blair, 1743: 31).

<sup>20</sup> “Absurd! to think to over-reach the Grave, / And from the wreck of names to rescue ours! / The best concerted schemes men lay for fame / Die fast away; only themselves die faster. / The far-fam’d sculptor and the laurell’d bard, / These bold insurers of deathless fame, / Supply their little feeble aids in vain” (13-14).

<sup>21</sup> “Tell us, ye dead! Will none of you in pity / To those you left behind disclose the secret? / O! that some courteous ghost would blab it out / What ’tis you are, and we must shortly be” (27).

<sup>22</sup> “How shocking must thy summons be, O Death, / To him that is at ease in his possessions, / Who, counting on long years of pleasure here, / Is quite unfurnish’d for that world to come! / In that dread moment how the frantic soul / Raves round the walls of her clay tenement, / Runs to each avenue, and shrieks for help, / But shrieks in vain! How wishfully she looks / On all she’s leaving, now no longer her’s! / A little longer, yet a little longer, / O might she stay to wash away her stains, / And fit her for her passage! mournful sight!” (23).

<sup>23</sup> “Think we, or think we not, time hurries on / With a resistless unremitting stream, / Yet treads more soft than e’er did midnight thief, / That slides his hand under the miser’s pillow, / And carries off his prize. What is this world? / What but a spacious burial-field unwall’d, / Strew’d with Death’s spoils, the spoils of animals / Savage and tame, and full of dead men’s bones! / The very turf on which we tread once liv’d; / And we that live must lend our carcasses / To cover our own offspring: in their turns / They too must cover theirs. ’Tis here all meet!” (30).



Jesucristo: “It was his royal will / That where He is, there should his followers be” (41). Sólo la muerte nos separa del Señor; bienvenida, pues, sea la muerte:

Thrice welcome Death!  
That, after many a painful bleeding step,  
Conducts us to our home, and lands us safe  
On the long-wish'd-for shore. Prodigious change!  
Our bane turn'd to a blessing (42).

No puede estar más claro, en el poema de Blaire, el protestante *solus Christus* —“all thanks to him / Who scourg'd the venom out!” (42)—. Los textos de Mora siguen también la senda de la tradición moral: recrean tópicos como *Ubi sunt*<sup>24</sup> o *Tempus fugit*,<sup>25</sup> ensalzan la fuerza igualadora de la muerte;<sup>26</sup> y desprecian en clásico verso el “valle de lágrimas”.<sup>27</sup> No en vano aclara en el prólogo que “no ha hecho más que indicar los asuntos de las estampas, procurando imitar los giros y el estilo que emplearon en la poesía sagrada los hombres eminentes que la cultivaron en España en el siglo XVI” (Mora, 1826: iii).<sup>28</sup>

<sup>24</sup> “Ya nada existe / De lo que fue: ni tronos ni cabañas; / Ni la excelsa pirámide que eleva / Pueril orgullo, ni el palacio altivo, / Centro de corrupción, ni el ara impura / Do a frágil simulacro vil incienso / Quemó rendido hipócrita execrable” (Mora, 1826: 30). Y dice también: “Hundiéronse en abismo tenebroso / Los afectos purísimos del alma; / Y aquellos lazos que tejió el cariño, / Y que apretara amor con mano blanda. / Todo huyó: solo queda un paso breve / Que el existir del no existir separa” (17).

<sup>25</sup> “En vano es resistir: con invisible / Poder el tiempo la existencia arrastra; / Ya se abrieron las puertas del sepulcro: / Cada momento abrevia la distancia. / Despareció la escena de la vida / Cual fugace meteoro, y las gracias / De la niñez, y el juvenil anhelo, / Y la ambición sedienta y temeraria” (17).

<sup>26</sup> “Al valle oscuro que del monte ciñe / La base incierta, límite trazado / Por invisible mano, ¡miserables!... / Todos con suerte igual se precipitan. / Allí la muerte en inflexible imperio, / Dominando espantosa, los confunde / Con uniforme destrucción; su abismo / Víctimas nuevas incesante aguarda, / Y mil generaciones aniquila / Su golpe asolador, y otras mil nacen / Para hundirse también, que así el decreto / De alto saber lo pronunció, en lo oscuro / De excelsa eternidad, y así el destino / Con férrea mano los decretos cumple” (20).

<sup>27</sup> “Esa es la vida humana, áspero monte / De rocas guarnecido, y de malezas, / Y precipicios, y escabrosos pasos, / Que destrucción, y pérdida, y ruina / Al viandante ofrecen” (19).

<sup>28</sup> Interesa a este respecto lo que dirá Mora en su prólogo a Luis de Granada: “Sea cual fuere el giro que se dé al pensamiento, cuando se aplica a las relaciones que ligan al hombre con su Criador, la naturaleza misma del asunto lo conduce a la región más alta a que pueden elevarse las facultades de su inteligencia” (Mora, 1848-1849: I, III).

Pero dos cosas alejan las *Meditaciones* del espíritu de Blair. En primer lugar, Mora deja que sus versos se politicen. Así, al referirse a quienes tiemblan al mirar la muerte, entre asesinos y viciosos incluye don José a “Quien las naciones oprime / Con dominación injusta, / Y en la sangre de los pueblos / Su execrable poder funda”; y más duras aún son estas líneas, escritas como el resto en pleno exilio:

Y más que todos tú, mortal protervo,  
 Sanguinario opresor que el hado injusto  
 Sobre esplendente púrpura coloca.  
 [...] Y unión juraste, y pacto indisoluble  
 De gratitud, y de justicia... En vano  
 Alzó su voz sagrada el juramento...  
 Que el fanatismo te abrazó, rugiendo,  
 Y en ti sopló rencor, sopló venganza,  
 Y dijo: el libre muera,  
 Y alzó el cadalso, y encendió la hoguera.  
 Y cadalsos y hogueras, premio digno,  
 Fueron del fiel, del sabio, del valiente,  
 Y huyó despavorida a la remota  
 Margen segura la inocencia, y solo  
 Con los verdugos que tu ardor saciaron  
 En un páramo triste,  
 Dueño de turba imbécil sonreíste (27-28).

Y en segundo lugar, aquel *solus Christus* se difumina ahora en el lenguaje propio de una formación católica y basada en la retribución de las obras: así, llegará con el Juicio Final “el día / De recompensa y perdición”; a los honestos, “Recompensa eternal se les destina”; el querubín “la voz irrevocable / Sumiso aguarda, de castigo o premio / Dócil ejecutor”; y al fin, “Los justos alzan la premiada frente”. Basta comparar las imágenes que ambos poetas presentan de la muerte del buen cristiano; lo que para Blair es simplemente un “good man, [...] / High in his faith and hopes”, es en Mora todo un modelo de conducta:

Sure the last end  
 Of the good man is peace. How calm his exit!  
 Night-dews fall not more gently to the ground,  
 Nor weary worn-out winds expire so soft.  
 Behold him in the ev'ning-tide of life,  
 A life well spent, whose early care it was  
 His ripper years should not upbraid his green;

By unperceiv'd degrees he wears away;  
 Yet like the sun seems larger at his setting!  
 High in his faith and hopes, look how he reaches  
 After the prize in view! and, like a bird  
 That's hamper'd, struggles hard to get away! (Blair, 1743: 43).

Quien por segura vía,  
 Que no turbó el error, guió los pasos  
 De su existencia pía,  
 Y en los acerbos casos,  
 Se humilló reverente,  
 Piedad clamando al Padre Omnipotente;  
 Quien de la esplendorosa  
 Mundana pompa huyó, y en grato abrigo  
 De soledad sabrosa,  
 Buscara sin testigo,  
 Luz que no desfallece,  
 Y belleza eternal que no perece;  
 Quien acogió el lamento  
 Del desvalido, y con semblante adusto,  
 Rechazara el violento  
 Perseguidor injusto,  
 Sin humillar la frente,  
 Ante el poder que oprime al inocente;  
 Libre, y en paz, y lleno  
 De consuelo inefable, en la dulzura  
 De un ánimo sereno,  
 Gozará la segura  
 Dichosa bienandanza,  
 Que en la conciencia pura se afianza (Mora, 1826: 10-11).

Todo cambia en los textos de don José recogidos en himnarios protestantes. Casi no hay colección en la que no hallemos su nombre —siempre en fecha tardía—;<sup>29</sup> pero el mejor lugar al que acudir es el

<sup>29</sup> Sus aportaciones se remontan —de nuevo— a los años cincuenta, aunque los detalles son confusos. Todo parece remitir a un libro de *Cantos espirituales*, del que no hemos encontrado rastro. Según algunos autores, el tomo se publicó en Londres en 1855, existiendo además “otro más tardío con cien himnos, formado por los *Cantos* y otros nuevos, editado por la *Spanish Evangelization Society of Edimburg*” (García Castañeda y Romero Ferrer, 2011: XII); para J.B. Vilar, los *Cánticos* —así los llama él— eran “un conjunto de composiciones originales, y traducciones y adaptaciones, realizadas por el ilustre poeta y polígrafo José Joaquín de Mora entre 1855 y 1864; [...] en total, un centenar de cantos de inspirada unción religiosa” (Vilar, 1994: 379).

*Himnario para uso de la Iglesia Cristiana Española*, de Cabrera Ivars, donde Mora firma nada menos que 55 de los 300 cantos. En ellos no se olvida al Dios vengador al que temían las *Meditaciones*, pero hay ahora un consuelo al que agarrarse, tan poderoso que nada puede amedrentar a quien cree en él:

Nuevo valor cobrad, medrosos santos;  
 Esas oscuras nubes que os aterran  
 Derramarán, de compasión preñadas,  
 Bendiciones sin fin al alma vuestra.  
 No juzguéis al Señor por los sentidos,  
 Confiad en su gracia, que es inmensa:  
 Y tras de su indignado ceño esconde  
 Plácida faz que el corazón serena (Cabrera Ivars, 1878: 7).<sup>30</sup>

A la sombra de Cristo, “nuestro amparo es cierto” (13); en esa convicción está la dicha, y nunca falta a quien la busca en la Biblia: “Tu palabra es verdad que siempre vive, / Dechado de bondad y de pureza. / El santo libro guía nuestra infancia, / Y en la vejez nos da invencible fuerza” (87). Solo allí es pura la doctrina, y todo dogma humano no ha hecho sino llevarla a la idolatría —“No ante un leño de joyas adornado / Dobles la ilusa frente, / Ni en él profanes el excelso nombre / Del Dios omnipotente” (5)— y la banal superstición: “Adore su bondad inagotable / Y su poder inmenso, / No con la pompa de profano rito, / Ni con fugaz incienso. / Adórole en espíritu, y entone / Con fervoroso canto / Reverente loor al Padre, al Hijo, / Y al Espíritu Santo” (8).<sup>31</sup>

Es difícil, al leer estos versos, seguir dudando del protestantismo del Mora anciano. Pero, por si acaso, tampoco faltan textos que aluden abiertamente a la salvación por los solos méritos de Cristo: “Nací en pecado —le recuerda a Dios—, en sus redes / Me aprisionó cauteloso, / Bebí su veneno impuro, / Anegúeme en viles gozos. / Desconocí los caminos / Que conducen a tu trono; / [...] A tu Hijo, el Verbo Santo, /

<sup>30</sup> “Venid, oh pecadores —dice en otro himno—; buscad vuestro refugio / En Cristo, y vuestros pechos heridos curará: / El grato día es este del Evangelio santo, / En que abundante gracia a todos se dará. / Amó Dios nuestro mundo y le entregó su Hijo, / A fin de que bebiese la copa del dolor; / Y Cristo no desecha a pecador alguno / Que busca con fe viva su amparo salvador” (Cabrera Ivars, 1878: 92-93).

<sup>31</sup> Y en otro clama Cristo desde la cruz: “Completóse el rescate del amor: / Ven, bienvenido ven; ven, pecador. / Salpicado en sangre el trono, / No te agravan culpas ya. / Descansa en mi cuerpo herido; / La deuda pagada está. / Besa postrado al Hijo del Señor. / Ven, bienvenido ven; ven, pecador” (53).

Por mediador interpongo; / Por su sangre limpio y puro / Aparezca yo en tus ojos” (109-110). Y el más explícito de todos contrapone la confianza en las obras a la fe en *solus Christus*:

No ya he de gloriarme jamás, oh Dios mío,  
De aquellos deberes que un día cumplí.  
Mi gloria era vana: confío tan solo  
En Cristo y su sangre vertida por mí.  
Por fe conociendo su amor que redime,  
Hoy llamo tinieblas lo que antes mi luz;  
Mi propia justicia se torna en oprobio,  
Y clavo mis glorias al pie de su cruz.  
Sí, todo lo estimo cual pérdida vana,  
Y acepto las obras del buen Salvador.  
¡Oh! pueda anidarse mi alma en su seno,  
Vivir de su vida, gozar de su amor.  
Por más que a tus leyes viviera sumiso,  
No puedo, Dios mío, llegar hasta ti;  
Mas sé que en tu gracia la fe me habilita,  
Si alego las obras de tu Hijo por mí (123).

Ni el Mora del primer exilio londinense, ni el de las *Leyendas* de alrededor del año 40, habían pasado de expresar el consuelo que aporta la fe o de ensalzar la sencillez de un manso cristianismo, libre del odio y la corrupción clericales.<sup>32</sup> El don José de la vejez, en cambio, es del

<sup>32</sup> En el “Himno del judío en la adversidad”, se lee: “Mas ora, aquí presente, / Dios de eterna bondad, aunque invisible, / Tu blando influjo siente / El ánimo apacible. / Y aunque silba tremendo / Presagio de huracán y velo oscuro / Va cubriendo los aires, / Cual en sólido muro, / El inocente en ti vive seguro” (recogido en Mora, 1853: 11). Y en la leyenda de “Hermigio y Gotona”, a la figura del odioso clero se opone la del buen abad: “Un hombre justo es el abad: no de esos / Que cifran la justicia en los excesos / De un celo arrebatado: paroxismo / Ya de superstición, ya de egoísmo. / Ni de su puro labio el anatema / Salió jamás, con que la rabia extrema / De torpe orgullo y presunción insana / El alto nombre del Señor profana. / Ni condenó jamás como delito / De la naturaleza el hondo grito; / Ni del ser que prodiga amor y goce, / Forjó un verdugo bárbaro y feroce. / Blando, indulgente, compasivo y tierno, / Mira en la caridad el lazo eterno / De la inmensa familia de los hombres; / Y en esos vanos y pomposos nombres, / Irreligión, apóstata, ateísmo, / No ve más que maldad o fanatismo” (Mora, 2011: 115). Al humilde religioso se contraponen figuras como el obispo don Ero o el pontífice Paulo, “cuyo dedo / Distribuye la gloria y el ultraje; / Y de cuyas potentes bendiciones / Penden monarcas, héroes y naciones” (383); al mensaje heredado de Cristo, la herencia de una Iglesia intolerante: “Sangre, cenizas, insepultos huesos, / Incendio, estupro, robo, alevosía” (430).

todo protestante; y aunque no haga apostasía pública, sus versos no dan opción a la duda. A ellos hay que unir —en 1855— la publicación en Londres y Edimburgo de un libro anónimo firmado solamente por “an old resident”. Dice Menéndez Pelayo que el editor Thomas Parker volcó del castellano e imprimió este “abominable y nefando *pamphlet* contra el catolicismo”; y que, aunque Parker calló el nombre del autor, “consta, por una nota manuscrita puesta por Usoz al principio de un ejemplar, que lo fue D.N. Mora, redactor de *El Heraldo*” (Menéndez Pelayo, 1998-2000: II, págs. 899-900). Juan Bautista y Mar Vilar creen que lo correcto es *J. Mora* (J.B. y M. Vilar, 2010: 333); y, a la luz de lo que el propio texto deja ver, parecen estar en lo cierto. El periódico protestante *El Alba* —en cuya edición, como vimos, ayudaba Mora— reseñó el *Roman Catholicism in Spain*, pero del autor no dijo sino esto:

Conoce a fondo la deplorable historia del catolicismo romano en España, hasta en aquellos íntimos pormenores y detalles que ignoran los mismos españoles que no se han dedicado especialmente a estas materias, y hace una pintura tan fiel como dolorosa del estado del clero y de la situación moral y material a que ha reducido al país. La obra está escrita con un tono de moderación, en que se conoce que el autor, lejos de querer recargar, ha atenuado todo lo posible las negras tintas que el asunto le proporcionaba (Parker y Mora, 1856: 120).

El tratado hace un recorrido por las peculiaridades del catolicismo español —del monacato y la confesión, a la misa y las festividades—, pero lo más interesante está en la introducción y la conclusión: una, por vincular los rasgos del romanismo hispano —“its cruel intolerance, its puerile practices, its profane language, its blind submission, or rather the absolute slavery in which it places the believer with respect to the priest”— con la historia y el carácter nacionales;<sup>33</sup> la otra, por referir los progresos de la Reforma en Argentina, Chile y Perú, países todos ellos en los que vivió don José, y a uno de cuyos presidentes —amigo personal suyo, como sabemos— menciona explícitamente:

<sup>33</sup> “It has already been observed that this rancorous extravagance of the religious spirit in Spain had its origin in a political and patriotic struggle; but long and sanguinary as that was, it could not eradicate the primitive type of the nation, nor prevent its characteristic qualities from reflecting themselves in worship, devotion, and every thing else that constitutes a national religion. Thus it was, that, with those intolerant and persecuting propensities, were also associated, in Spanish Catholicism, the gorgeous, romantic, and poetic, which are still preserved among that semi-oriental race” (Mora, 1855b: 10 y 14-15).

The Protestants, without the least difficulty, obtained permission to have a cemetery for the burial of their dead, wherein are publicly performed the funeral rites of the Anglican Church, at which ceremony may be seen assisting, very often, not only the Roman Catholic inhabitants of the city, but even the clergy and friars of the dominant Church. Under the government of the illustrious Don Bernardino Rivadavia, these good tendencies towards religious liberty acquired greater force and development, and Protestants are able to meet together on Sundays to celebrate their worship without that circumstance causing the least surprise, or even exciting the curiosity of the people (Mora, 1855b: 208).

Observados los datos en conjunto, parece razonable concluir que, aunque no apostatara, el último Mora —y no el del exilio fernandino— fue tan plenamente protestante como muestran sus himnos, e incluso llegó a echar una mano —aunque de forma anónima— en las campañas propagandísticas que tanta polémica crearon en nuestro siglo XIX.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Alcalá Galiano, Antonio (1886), *Memorias de D. Antonio Alcalá Galiano, publicadas por su hijo*, 2 v., Madrid, Imp. de Enrique Rubiños.
- Amunátegui, Miguel Luis (1888), *José Joaquín de Mora: apuntes biográficos*, Santiago de Chile, Imp. Nacional.
- Amunátegui Soler, Domingo (1897), *Mora en Bolivia*, Santiago de Chile, Imp. Cervantes.
- Blair, Robert (1743), *The Grave. A Poem*, Londres, M. Fenner [la ed. ilustrada es *The Grave. A Poem. Illustrated by Twelve Etchings Executed by Luois Schiavonetti, from the Original Inventions by William Blake*, Londres, T. Bensley for R.H. Cromek, 1808].
- Cabrera Ivars, Juan Bautista (ed.) (1878), *Himnario para uso de la Iglesia Cristiana Española*, Madrid, Imp. de José Cruzado.
- Cobo, Eugenio (1994), “José Joaquín de Mora, poeta y erudito romántico”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 528, págs. 105-110.
- Fernández Campos, Gabino (1986), *Reforma y Contrarreforma en Andalucía*, Sevilla, Editoriales Andaluzas Unidas.

- García Castañeda, Salvador y Alberto Romero Ferrer (2011), “Introducción” a Mora, José Joaquín, *Leyendas españolas*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, págs. IX-LXXI.
- Heredia, José María (ed.) (1829-1832), *Miscelánea: Periódico Crítico y Literario*, 2 v., Toluca, Imp. del Gobierno [las *Meditaciones* de Mora se recogen en la 2ª época, números 1 (enero 1832) a 3 (marzo 1832), v. II, págs. 26-32, 57-64 y 90-96].
- Lloréns, Vicente (1979), *Liberales y románticos: una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, Madrid, Castalia (3ª ed.) [ed. original: México, El Colegio de México, 1954].
- Menéndez Pelayo, Marcelino (1998-2000), *Historia de los heterodoxos españoles*, 2 v., Madrid, B.A.C., (5ª ed.) [ed. original: 3 v., Madrid, Imp. de F. Maroto e Hijos, 1880-1882].
- Monguió, Luis (1967), *Don José Joaquín de Mora y el Perú del Ochocientos*, Madrid, Castalia [publicado también, en la misma fecha, en Berkeley y Los Ángeles, University of California Press].
- Mora, José Joaquín de (1824), *Memoirs of Ferdinand VII, King of the Spains*, Londres, Hurst, Robinson & Co. [atribución].
- (1826), *Meditaciones poéticas*, Londres, R. Ackermann.
- (ed.) (1848-1849), *Obras del v.P.M. fray Luis de Granada*, 3 v., Madrid, M. Rivadeneyra [prólogo y biografía en v. I, págs. III-VII y IX-XXXVI].
- (1853), *Poesías*, Madrid y París, [s.n.].
- (1855a), *Oración matutina y vespertina, juntamente con el Oficio de la Santa Comunión o Administración de la Cena del Señor*, Londres, Jackson & Walford [atribución].
- (1855b), *Roman Catholicism in Spain*, Edimburgo y Londres, Johnston & Hunter y R. Groombridge & Sons [atribución].
- (2011), *Leyendas españolas*, ed. Salvador García Castañeda y Alberto Romero Ferrer, Sevilla, Fundación José Manuel Lara [ed. original: París y México, Lib. de D. Vicente Salvá y Lib. de Galván, 1840].
- Parker, Thomas y José Joaquín de Mora (eds.) (1854-1862), *El Alba: Periódico de Instrucción y Recreo*, Londres, Jackson & Walford [nº 3-8; no figura el responsable del primer número, y el segundo lo editaron Partridge & Oakey].
- Pidal, Pedro José (1848), “De Juan de Valdés y de si es el autor del *Diálogo de las lenguas*”, en *Revista Hispano-Americana*, Madrid, La Publicidad, págs. 18-30.



- R.A.E. (ed.) (1860), *Discursos leídos en las recepciones públicas que ha celebrado desde 1847 la Real Academia Española*, 3 v., Madrid, Imp. Nacional [el discurso de Mora está en v. I, págs. 135-158].
- Vilar, Juan Bautista (1994), *Intolerancia y libertad en la España contemporánea: los orígenes del protestantismo español actual*, Madrid, Istmo.
- (1996), “*El Alba*, una revista británica protestante para su difusión en España (1854-1862)”, en *Anales de Historia Contemporánea*, nº 12, págs. 617-637.
- Vilar, Juan Bautista y Mar Vilar (2010), *El primer hispanismo británico en la formación y contenidos de la más importante biblioteca española de libros prohibidos: correspondencia inédita de Luis de Usoz con Benjamin Wiffen (1840-1850)*, Sevilla, M.A.D.
- Vilar, Mar (1995), “El nacimiento de la prensa protestante en lengua española: el Dr. Juan Calderón y sus revistas londinenses *Catolicismo Neto* y *El Examen Libre* (1849-1854)”, en *Anales de Historia Contemporánea*, nº 11, págs. 107-148.